

vo el libro de los Evangelios para recibir el juramento que prestó el nuevo Emperador en esta fórmula: «Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro á Dios por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén á mi alcance, el bienestar y prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.»

La concurrencia saludó á las Magestades con el grito repetido de ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz! dado por el Sr. Gutiérrez de Estrada, y todos se retiraron á esperar la hora señalada para el Te Deum que se cantó en la capilla, á la que concurrió Maximiliano con las insignias de Gran Maestre de la Orden Mexicana de Guadalupe. Así concluyó la solemne aceptación del Archiduque de Austria, proclamado Emperador de México, é investido en Miramar con la soberanía que le dieran la Junta de Notables y las actas de valor desconocido para el nuevo monarca. El Secretario D. Angel Iglesias y Dominguez, extendió una acta refiriendo lo que había pasado, la cual firmaron los siete miembros de la diputación que estuvieron presentes.

En el acto de la aceptación fué enarbolado el pabellón mexicano en la torre del Castillo de Miramar y saludado con veintiun cañonazos por la fragata austriaca «Bellona.» Después de cantado el *Te Deum* por el abad de Lacroma, prestaron juramento el ministro de Estado y el general ayudante de campo ante el nuevo Emperador, entrando ambos á ejercer sus funciones y el ministro recibió el gran sello. Siguió el almuerzo en el que se pronunciaron varios brindis.

Por la noche reuniéronse los miembros de la diputación mexicana en un gran banquete y al siguiente día partieron algunos de ellos, llevando cartas de notificación del advenimiento de Maximiliano á Roma, Madrid, Berlín, Viena, Londres y París. En la tarde del día 10 recibió Maximiliano á la municipalidad de Trieste que le obsequió con un magnífico album que costó diez mil francos.

El capellán y su clero habían acompañado á Maximiliano hasta el gran salón, donde recibió el juramento de fidelidad de D. Joaquín Velázquez de León, nombrado Ministro de Estado y del general Woll, primer ayudante de campo del nuevo Emperador y terminó la ceremonia.

Recibieron el Sr. Gutierrez de Estrada, la Gran Cruz de Guadalupe y la de comendador los Sres. Arrangoiz, Aguilar, Hidalgo, Murphy, Velázquez de León y Woll.

Apenas puede creerse que una persona de la vasta instrucción y educación tan esmerada como Maximiliano, conocedor de la «Historia de los pueblos» y en especial de México, por ser el país cuyos destinos iba á regir, ignorase que aquí se había usado como un medio para crear dictaduras militares, simular la elección

mente deseada y con tan vivo anhelo esperada, es el feliz prelude, y debe ser, con ayuda de Dios, la prenda segura de la salvación de México, de su próximo renacimiento y de su futura grandeza. En aquel día elevarán al cielo nuestros hijos, acciones de gracias por esta redención verdaderamente prodigiosa.

«Réstanos, por último, Señor, un deber que cumplir el deber de poner á vuestros pies el amor de los mexicanos, su gratitud y su homenaje de fidelidad.»

popular para dar un nombramiento, pues ya se había verificado repetidas veces con Santa-Anna, con Paredes, con Comonfort, Zuloaga y Miramón; debió llamarle la atención, así como á los jurisconsultos ingleses cuya opinión, según se dice, quiso conocer, que bajo la fuerza de las bayonetas francesas no podía haber libertad para que los pueblos emitieran un voto espontáneo y que solamente se levantaban actas de adhesión á la Intervención y al Imperio, cuando las tropas y autoridades republicanas se retiraban, pues si estas ejercían coacción en un sentido, aquellos necesariamente tendrían que ejercerlo en otro contrario, dominando de cualquier modo incontrastable poder.

Solamente la invencible fuerza del hado, pudo haber hecho que Maximiliano creyera que el trono le era ofrecido espontáneamente, por poblaciones que subyugaba una potencia extranjera, cuando los soldados franceses ahogaban en el pabellón el sentimiento de independencia y libertad, tratando como bandoleros á todos los que defendían tan sagradas causas. Le faltó tino para apreciar la situación y puede disculparse tan sólo por lo mucho que le disfrazaban los hechos, todos los que le rodeaban; por la influencia que ejercían en su espíritu las instancias de Napoleón III, por el estado en que se hallaban sus relaciones de familia y por la ceguedad que es inherente á la ambición. Hé ahí por qué fué recibida la noticia de la aceptación con verdadero pasmo y los hombres pensadores apenas la creían. Más tarde pudo conocer Maximiliano el valor que merecían las ovaciones de que fué objeto, entonces supo las cantidades que en ellas habían erogado el tesoro público y los fondos municipales; entonces pudo comprender que todo era obra de las autoridades y que las grandes multitudes que se agrupaban á verlo estaban animadas solamente de la curiosidad.

En la noche del día 10 debían reunirse en Miramar, en un gran banquete, los que habían asistido á la ceremonia de la mañana; pero Maximiliano no pudo concurrir, las fatigas físicas y morales de esos días habían sido muy fuertes y le habían reducido á un estado de completo abatimiento. Encontróle el doctor Illeck, su confidente y amigo, aislado en la biblioteca, decaído é incapaz de aparecer en público; le persuadió de que era indispensable dejar á la Emperatriz, más animosa y fuerte, el cargo de presidir el banquete y le condujo á un pabellón retirado en los jardines.

Maximiliano se quedó aislado mientras que los convidados se oprimían al rededor de la mesa levantada en uno de los espaciosos salones del primer piso, presidiéndola radiante y esplendorosa la princesa Carlota que tenía á sus lados al patriarca de Venecia y al general Frossard. Inmediatamente después de la aceptación, estuvo en la cama el nuevo Emperador á causa de encontrarse bastante indispuerto.

Desde el 8 de Abril la fragata francesa «Themis», que debía acompañar hasta México á la austriaca «Novara», había aparejado en Trieste é ido á anclar en la tarde delante del castillo de Miramar. Al siguiente día el Archiduque, con el uniforme de almirante fué á visitar al buque francés que izó el pabellón austriaco y saludó



con veintidós cañonazos. La tripulación al grito de ¡Viva el Emperador! le presentó las armas y los tambores batieron marcha. Al retirarse Maximiliano, se repitieron los honores. En la noche el príncipe reunió en una mesa á todo el Estado Mayor del buque francés.

Maximiliano dió á conocer varias disposiciones que tenía preparadas; por un decreto fué nombrado el general Almonte Lugar-teniente del Imperio hasta que el Emperador llegara á México, y encargó al comandante Rodríguez que marchara inmediatamente á poner en manos del general su nombramiento. Designó embajadores: para las corte de París á Hidalgo, para la de Londres á Arrangoiz, para la de Roma, Aguilar, y para la de Viena á Murphy. Otros decretos firmados el mismo día, ratificaron el empréstito de doscientos diez millones de francos al seis por ciento, ya concluido condicionalmente en Londres el 20 de Marzo anterior, con los Sres. Glyn Mills y Compañía, por intermedio del conde de Zichy en nombre del Imperio de México, quedando arreglados los intereses vencidos para los portadores de bonos de la deuda mexicana contraída en Inglaterra. Se abrieron conferencias con Mr. de Germiny, senador, antiguo Ministro de Hacienda que funcionaba como Presidente de la Comisión de finanzas mexicanas, instituida en París para el servicio de la deuda exterior.

Igualmente fueron expedidos con fecha 10 de Abril, los decretos para el levantamiento y equipo de una legión de dos mil quinientos austriacos y la de dos mil voluntarios belgas que habían de formar la guardia de la Emperatriz. Para la una fué encargado en Viena el coronel Matias Leiner, y para la otra el teniente coronel Van der Smissen en reemplazo del teniente general Chapelié primeramente designado. La casa de Rotschild abrió crédito de un millón ochocientos mil francos para cada legión; á los que se enganchaban se les ofrecía alta paga y concesión de terrenos en México, después de seis años de servicio. Para finalizar pusieron los Sres. Herbert y Velázquez de León, la firma diplomática á los dos tratados convenidos con el Emperador Napoleon en París el 12 de Marzo, y que únicamente necesitaban de esa formalidad para tener pleno y entero efecto.

En el mismo día, al nombrar á Velázquez de León ministro de Estado, dirigió Maximiliano una carta al general Márquez, participándole que venia y que le había nombrado Caballero Gran Cruz de la imperial y distinguida orden de Guadalupe; dirigió un sentido adios á la ciudad de Trieste, y ofreció á los habitantes de ésta que diariamente estarían abiertos los jardines de Miramar para que los visitaran; destinó veinte mil florines para que fueran distribuidos anualmente por la municipalidad, entre las familias pobres de la ciudad. Condecoró al Doctor Carlos Porenta, con la Cruz de Comendador de la Orden de Guadalupe.

El mismo día 10 firmó Maximiliano la convención de Miramar, en la que se acordó: que las tropas francesas que entonces se hallaban en México, serían reducidas lo más pronto posible á veinticinco mil hombres, inclusa la legión extranjera; esas tropas evacuarían el territorio mexicano, á medida que el Emperador Maximiliano pudiese organizar las necesarias para reemplazarlas. La Legión extranjera,



*Comandante Joaquin M. Rodriguez.*

Portador de la aceptación que del trono imperial en México hizo el Archiduque Maximiliano y del nombramiento de Lugar-teniente en favor de D. Juan N. Almonte. La llegada del emisario fué celebrada en México por los imperialistas, con repiques, cohetes y otras señales de regocijo. Llegó á bordo del vapor "Veracruz" el 15 de Mayo de 1864; cuatro días despues se presentaba en la capital.